

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

La campaña próxima.



— El diablo del reservista es un franchute atrevido. ¡Desde París ha venido para ver si nos conquista!

— ¡Pues no ha hecho mal disparate! Me da el corazón su muerte.
— Hombre... acaso tenga suerte.
— ¡Me alegraré que lo mate!

(El Estudiante endiablado, no el de Martin, el otro.)

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Carta-protesta, por Eduardo de Palacio.—Barro del Lozoya, por Juan Pérez Zúñiga.—Histórico, por Fiacro Yrázoz.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—El caballero de la mesa redonda (conclusión), por Clarín.—Lo que va de ayer á hoy, por Alberto Casañal Shakerly.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La campaña próxima.—La panacea.—Las inundaciones (cinco viñetas).—El caballero de la mesa redonda (tres viñetas), por Cilla.—España cómica: Lugo, por Mteachis.

DE TODO UN POCO.

Ya no quedan fuera de Madrid más que ocho ó diez veraneantes retrasados, que aspiran á regresar á sus domicilios y no pueden.

En San Sebastián viven aún cinco ó seis personas, unidas por los vínculos del respeto á la familia real.

—¿Se han acercado ustedes aquí?—se les pregunta, y contestan:

—Mientras permanezcan aquí las instituciones, no regresaremos á nuestro hogar. Somos amantes sinceros de los prestigios monárquicos.

Hay quien cifra su orgullo en vivir donde vive la corte y en poder saludar á las personas reales cuando salen de paseo. Por una inclinación de cabeza de una infanta daría D. Sabino la mitad de su fortuna.

—Á los pies de vuestras altezas dice D. Sabino, quitándose el sombrero, cada vez que ve pasar el coche de las infantas.

Y en su optimismo cariñoso cree que las infantas le contestan:

—Adiós, D. Sabino. Ya sabe usted cuánto le estimamos... Recuerdóse á su señora.

Más de una vez he oído decir á este apreciable casero:

—Anoche estuve en el teatro, porque me habían dicho que asistiría la familia real. Y, efectivamente, allí estaban sus majestades y altezas, que no han separado de mí los ojos en toda la noche. ¡Claro! Deben de conocerme muchísimo, ¡Como yo siempre las saludo al pasari!...

Pues D. Sabino no quiere venirse de San Sebastián hasta que regrese la corte, y eso que su mujer le escribe casi todos los días diciéndole:

«Ya es hora de que te vengas, porque tienes abandonada la casa, y yo no puedo seguir peleando con los inquilinos. El del segundo de la derecha no paga desde Julio, y además se ha tirado al patio la otra noche y rompió dos baldosas de las grandes. La vecina del tercero se ha casado, y con este motivo pide rebaja del alquiler, porque dice que lo probable será que tenga hijos y quiere empezar á hacer economías.»

Y D. Sabino contesta:

«Yo no puedo irme de aquí, porque sin la familia real no estoy bien en ninguna parte. Además, me han dicho que sale turbia el agua de Lozoya, y no quiero presenciar esa desgracia.»

D. Sabino vive alejado de Madrid por su gusto; pero otras personas han querido regresar y no pueden, como les pasa á D. Serapio y á su señora, que han sido víctimas de su mala estrella desde que salieron de Madrid en Agosto.

Han querido saber como eran los baños de mar y se fueron á Alicante en un tren de recreo.

Ya en el camino, la esposa se puso mala por la falta de costumbre de viajar en ferrocarril, y entre el marido y un viajero servicial tuvieron que quitarla el corsé y rociarla con vino de Valdepeñas, por ser el único líquido que llevaban á mano.

Al llegar á Aranjuez, la pobre señora sufrió una especie de vértigo y quiso arrojarse por la ventanilla.

Para reducirla á la obediencia el esposo le ató los brazos con una toalla, y un cura que iba en el coche le dijo severamente:

—Tenga usted juicio, señora, que ya no es usted ninguna niña.

—La pobre no lo puede remediar—contestó el marido.— Como no está hecha á los viajes, en cuanto empieza el meneo

del tren la da así como un raptó; en el tranvía la pasa lo mismo, y una tarde, yendo al barrio de Pozas, creí que la mordía al cobrador.

El matrimonio llegó á Alicante como pudo y fué á parar á una casa de huéspedes, donde almorzó merluza frita y conejo; pero sea que éste estuviese emponzoñado, sea que el estómago de los viajeros no reuniese las condiciones necesarias para la digestión, fué el caso que los esposos sintieron agudos calambres y un peso enorme en el vientre bajo.

—¡Yo me muero!—dijo ella.

—¡Y yo!—contestó él.

Y se metieron en la cama, dando diente con diente y arañándose el uno al otro sin saber lo que hacían.

La patrona exclamaba:

—Pero ¿qué puede ser esto, Dios mío? Del conejo respondo como si lo hubiera parido. La merluza era de toda mi confianza. Por consiguiente, no sé qué les ha hecho á ustedes daño. Más bien creo que ya venían ustedes indigestados de Madrid.

—No, señora—dijo el esposo con voz débil.

—Yo venía perfectamente—añadió la esposa—y en cuanto comí la primera pata de conejo comencé á sentir una especie de grito interior que me descompuso toda.

Ello fué que el matrimonio no pudo levantar cabeza desde Agosto, y el médico le dice:

Nada, nada; hasta que estén ustedes restablecidos del todo no pueden abandonar esta población... El traqueteo del tren les haría mucho daño.

Y como la mujer y el marido son las personas más aprensivas del mundo, permanecen en Alicante esperando que Dios mejore sus horas.

—¿Para qué habremos salido de Madrid?—dice ella lanzando suspiros.

—Eso me pregunto yo—añade el esposo.

—¡Ay, Serapio! ¿Qué bien estaríamos ahora en las butacas de Apolo oyendo una zarzuelita!

—¡Tengo unos deseos de volver á ver á la Campost... ¡Qué guapa es!

—Eso es lo que menos te importa.

—Mujer, deja que exprese mis opiniones con libertad. Cuando uno se ve como nos vemos nosotros parece que encuentra consuelo recordando cosas bonitas...

El mismo día en que el médico declara que la mujer y el marido están útiles para el traqueteo abandonarán aquel bello país, sin haber pisado la playa ni haber visto más oleaje que el de la casa de huéspedes.

Luis Taboada.

CARTA-PROTESTA

..... al señor Guzmán el Bueno y demás protagonistas, lo mismo pudimos hacerles un actor en capatillas, con bata y gorra de panto, que acostado hasta arriba, sin que dijera el abono: «Una vista de levitas», ni comparece en un tipo de comedia conocida, al primer actor con Mario ó con la bella Chiquita. Pero hoy salen como fieras, y desde Oviedo á Sevilla y de Victoria á Toledo, atraviesan la Península las embriaguencias del ramo; vénanse y... nos chincham á los artistas de invierno. Eso es una picaresca. Luego, como los autores les conceden la exclusiva, ellos estrenan las obras, y nosotros... M chita, Aquí, á Dios no lo impide, va á correr la sangre artística. (Fragmento de una memoria sobre el teatro y las pitonías, por un jaldú excelente de cupo de compañías.)

..... Cuando vivían Latorre, Guzmán, don José y la Rita, no doña Rita Elejalde, la Luna, y Julián, y hacían sus temporadas completas, desde Setiembre á Ceñta, bien en la Cruz ó en el Príncipe, en cuanto que concluían, cada cual se iba á su casa hasta la próxima lidia. Pero ¿salir de la corte á trabajar en provincias? Ni lo pensaban siquiera, ni nadie se lo pedía. Así vivían contentos y todo el mundo vivía. Los actores resignados á verse toda la vida fuera de Madrid, luchaban, pero siquiera comían. Como entonces en los pueblos, salvo excepciones dignísimas, ni conocían á Vico ni á Mario ni á las Marias —ni habían nacido ent-ambos á cuatro,—y eran poquísimas las personas que trataban á Tenorio y á Mejía,

Eduardo de Palacio.

BARRO DEL LOZOYA

Desde el día en que el agua vino turbia
y originó el conflicto,
¡cuánto sufre mi pobre compañero
don Cosme Ceporrillo!
Tratando de evitar á todo trance
el barro en el cocido,
con agua de Loeches ha resuelto
poner su pucherito.
Y así, sobre lograr comer la carne
y los garbanzos limpios,
estos días escribe con soltura,
como jamás ha escrito!
De la artesa que tiene en la cocina,
y á causa de un descuido,
se vertió tal porción del agua turbia
el último domingo,
que corrió por la casa, y en la tierra
que dejó en los pasillos
han sembrado, con éxito excelente,
tomates y pepinos.
La esposa de don Cosme hace seis días
soltó un robusto niño,
y usted sabe, lector, lo que han dispuesto?
Bautizarle con filtro.
Como es suya la casa en donde vive
don Cosme Ceporrillo,
pensando en que pudiera haber un fuego,
tiene el alma en un hilo,
pues si hoy lo fuesen á apagar con agua,
¡infeliz edificio!
Dentro de una montaña, al quedar seco,
quedaría metido.
La doncella en la fuente de agua clara
se peleó con Cristo,
y le hicieron ayer con un pitorro
mucho daño allí mismo (1).
El martes, sin fijarse en lo del agua,
se dió un baño mi amigo,
y en un inmundo lodazal el pobre
quedóse convertido.
Después que la criada todo el cuerpo
le raspó con un vidrio,
se puso á meditar de esta manera
(por cierto, en calzoncillos):
«¿Con qué sustancia el Hacedor Supremo
el primer hombre hizo?
¿Fué con barro, ó con agua del Lozoya?
¡Nadie puede decirlo!»
«¡Basta de barro ya! (murmura el hombre).
¡Agua clara, Dios mío!
¡Ya no más chocolate de á peseta,
sin canela y con tifus!»

Juan Pérez Juniga.

★
Historico.

En Brooklyn, una joven
recién casada,
que estaría sin duda
desesperada,
en un momento loco
de desenfreno,
consiguió darse muerte
con un veneno.
No hace un mes todavía
que, entre oraciones,
le echaba el padre cura
las bendiciones;
no hace un mes todavía...
¡y hoy se ha sabido
que duerme entre los muertos!
¿Por qué habrá sido?
A no estar trastornada
ó estar demente,
y ella jamás lo estuvo,
según la gente,
la causa es un misterio
que no se explica.
¡Matarse así... tan joven!...
¡Diablo de chica!
¿Qué demonio de idea
le habrá ocurrido
para hacer lo que ha hecho?
¿Por qué habrá sido?

Según dice el *Heraldo* (2),
que en un segundo
conoce los sucesos
de todo el mundo,
parece que la causa
que la ha inducido
á cometer el crimen
que ha cometido
fueron las amarguras
y los tormentos
de horribles y tenaces
remordimientos.
En una *breve* carta
de despedida
que ha dejado á su esposo
la suicida,
parece que le dice
muy claramente
algo por el estilo
de lo siguiente:
«No hace un mes todavía
que, enamorada,
juré ante los altares
ser fiel y honrada.
Te juré amor constante,
y el juramento
como pluma ligera
llevóse el viento.

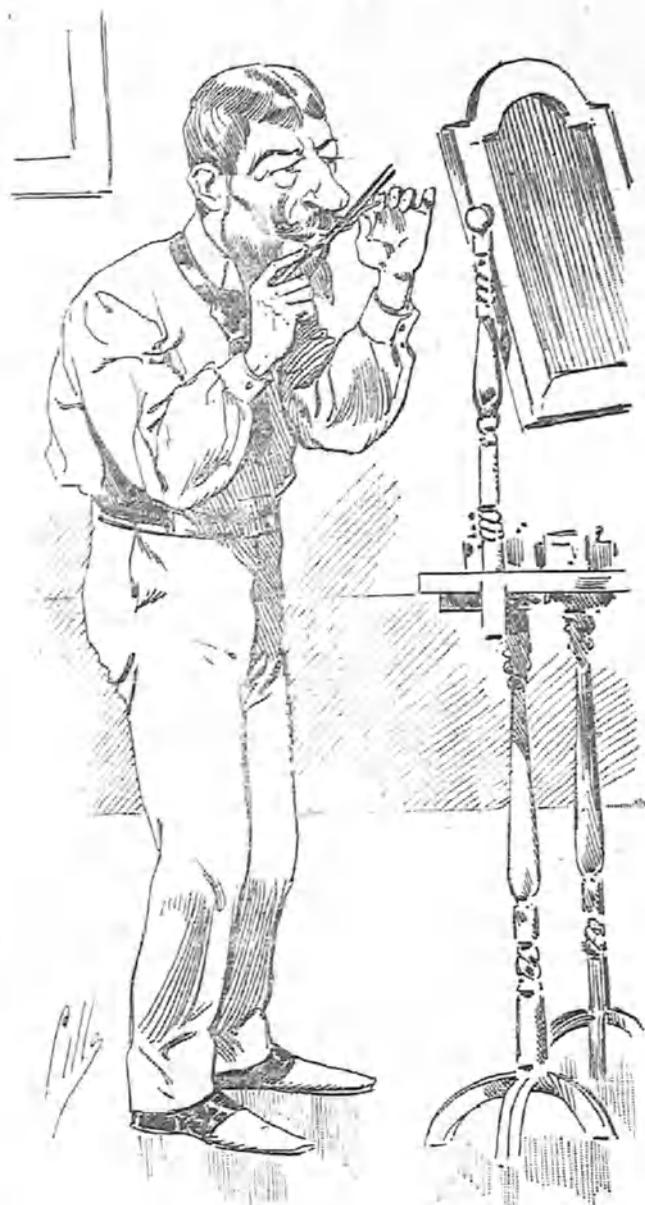
(1) En la fuente,
(2) de Madrid.

No hace un mes todavía
que me he casado...
¡y hace ya dos semanas
que te he engañado!»

Y al leerla, el marido,
que no era tonto,
dicen que dijo el pobre:
—¡Cielos! ¿Tan pronto?...

Fuero Tráyyoz.

★
La panacea.



—Parece que no significa nada el arreglo de la persona, y yo, gracias á esto, me quito todos los días ocho años de encima. De modo que, siguiendo así, dentro de una semana voy á tener que tomar niñera.

★
Miniatura.

Al ver á un albañil junto á la acera
comiendo con deleite
tomates aliñados con aceite
para postre de escuálida puchera,
todo burgués de *ardiente fantasía*
jura que cambiaría
un cubierto de á duro,
preparado por hábil cocinero,
por aquellos manjares, que al obrero
le están sabiendo á gloria, de seguro.
Pero no entra en las mientes del poeta
que si el otro infeliz come con gana
es porque se ha pasado la mañana
con el cubo, la llana ó la piqueta...
¡Y eso, que es lo que aviva el apetito,
ya no es tan agradable y tan bonito!

Sinesio Delgado.

Las inundaciones.



«El pueblo está completamente destruido. Como el vecindario tiene puestas sus esperanzas en *La Voz del Contribuyente*, me obsequia y me acompaña en masa al tomar mis apuntes...



— ¿Sabe usted si este año van a dar ropa a los inundados?
 — Puede que sí.
 — Pues entonces me voy a zambullir en el pión de la Ciudad, a ver si me toca un galón de lavero.



— El caso es que si sigue la torbia vamos a tener que lavarnos con vino.
 — Sí, pero se corre el peligro de que luego le llaman a uno la cara los transeúntes.



— Si sobre cada metro cuadrado caen diez litros cúbicos por hora, y el cauce tiene noventa centímetros de profundidad, resulta que... la inundación se ha escrito sin fallar a las matemáticas.



EL CABALLERO DE LA MESA REDONDA

(Conclusión.)

VI

Sin acabar los postres, una comisión del seno... de la *mesa redonda* fué á visitar á D. Mamerto á su cuarto, sin perjuicio de que todos los bañistas, uno por uno, acudiesen después á cumplir con este *deber elemental*, como lo calificó el representante del ministerio público, que, aunque á regañadientes, se había reconciliado con el *Tenorio averiado*, gracias á la influencia de la fiscalía.

El médico del establecimiento, muy amigo de divertirse y de tratar en broma la medicina, particularmente la hidroterapia, apenas había querido tomar el pulso ni mirarle la lengua á D. Mamerto. «¿Qué había de tener Anchoriz? Nada. Al día siguiente ya estaría á las ocho tomando una ducha...» Pues no estuvo. En vez de la ducha, tuvo que tomar con paciencia los 39 grados de fiebre con que Dios quiso... no probarle, que demasiado sabía Dios qué sujeto era Anchoriz, sino mortificarle.

Los dos primeros días de enfermedad D. Mamerto, con la mayor finura del mundo, no permitió que los amigos y amigas que venían á verle entraran en su alcoba; no podían pasar del gabinete, que era como los demás de la casa, es decir, los de primera clase; con esta diferencia: que la mesa y la cómoda parecían escaparate de objetos de tocador: docenas de peines, de cepillos para la cabeza, para las uñas, para los dientes; jeringuillas á docenas también; cientos de botes, frascos, tarros, barras de cosméticos; triángulos de tul para fijar las guías del bigote; cajas de jabón; misteriosos artefactos de química, aplicada á la senectud refractaria, y mil cachivaches más de estuche, de neceser, de cuarto de cómico.

Desde el gabinete se le hablaba, y en la alcoba sólo entraban el camarero y el doctor. Al principio D. Mamerto contestaba á las almas caritativas que le iban á preguntar por la salud, precisamente cuando la había perdido, con gran amabilidad, esforzando la voz para que le oyeran bien desde fuera, con el tono *correcto* y fuésimo y jovial de siempre. Parecía pedir perdón al público por aquella molestia que le causaba tan inoportunamente cayendo en cama é interrumpiendo la general alegría, que él había renovado. Tampoco él creía en la importancia de su mal á pesar de la fiebre; en este punto estaba de acuerdo con el médico de la casa. ¡Malo de cuidado él! No faltaba más.

Pero como la cosa se iba haciendo pesada; la fiebre no cedía; la debilidad iba trabajando; el cuerpo se le molía y el aburrimiento le asediaba, D. Mamerto, por las molestias, y el doctor, por la fiebre, empezaron á alarmarse.

La gente invadió la alcoba y el enfermo no tuvo fuerza para resistir la invasión. Es más, aunque tenía sus motivos para no dejar entrar á nadie, pudo más el deseo de ver seres humanos en rededor, de encontrar caras amigas que pudiesen mostrarle con gestos de compasión que participaban de su disgusto, aunque fuera en cantidades exiguas. Quería apoyarse en el prójimo para padecer; enterar al mundo entero de aquel disgusto tan interesante: la enfermedad de Anchoriz; hasta deseaba contagiar el dolor á los demás, para ver si así él se libraba de penas.

Los bañistas, al ver en el *techo del dolor* á D. Mamerto, se hicieron cruces... mentalmente. ¡Lo que somos! Es decir, lo que era Anchoriz! Con cuatro ó cinco días de fiebre, y de no pintarse, veinte años se le habían echado encima.

Parecía decrepito; parecía *su padre* resucitado. Bien conocía él qué efecto causaba, pero ya no estaba para vanidades y coquetterías: quería que le compadeciesen, ante todo. Y sí; le compadecían; y le hacían mucha compañía, demasiada; parecía aquello un jubileo. ¡Qué entrar y salir! Todos le querían ver. Todos querían llevar cuenta con las horas de tomar medicinas y con las clases y porciones de éstas. Tocaron á poner sinapismos en las pantorrillas... y resultó que nadie sabía hacerlo con aseó y eficacia más que la fiscalía. Esta señora no vaciló un momento y los puso con gran pulcritud y manos de madre. Era de las damas que más asiduamente visitaban al enfermo; pero ya había notado Anchoriz que tomaba precauciones para no hacer ruido, para no molestarle, que tenían en olvido todos los demás. Cuando le sintió ponerle los sinapismos, advirtió, en la suavidad y calma con que la angulosa dama le movía el cuerpo y la ropa de la cama, algo así como un tierno recuerdo de la lejana infancia; pensó en la madre que había perdido muy pronto. Aunque era tan fea, sobre todo tan ridícula por su figura, por su empaque y por sus cómicas manías, le tomó apego y quiso que ella le arreglase el embozo y las almohadas. Era una delicia sentirle maniobrar con movimientos tan delicados y eficaces, que parecían caricias y medicinas.

D. Mamerto, con la debilidad, se hacía más observador, y empezó, como todo buen crítico, á ser algo pesimista respecto de las pequeñeces de la vida ordinaria. No era oro todo lo que relucía. Echaba de ver que, los más, tomaban el cuidarle como un entretenimiento. Muchos hacían que hacían. Y no pocos empezaban á cansarse. Algunos ya escaseaban las visitas y atenciones. Otros se le despedieron porque se les acababa la temporada, y *le dejaron solo*; es decir, sin el ancho mundo que ellos jagoistas! iban á cruzar, á correr, á gozar!

¡Cosa más rara! El Anchoriz enfermo acabó por notar un gran parecido entre el carácter de todas aquellas personas tan sanas que le iban abandonando, y el carácter del Anchoriz, robusto y frescote que él siempre había sido. Hacían con él lo que él siempre había hecho con todos. Pero no era lo mismo. En los demás no estaba bien.

VII

Aquel buen tiempo que parecía haber traído consigo Anchoriz, se fué al traste; los aguaceros volvieron á poner sitio á Termas-altas; parte de la *guarnición* sitiada se rindió al enemigo, el hastío, y salió de la plaza sin honores de ningún gé-

nero, porque ya no estaba allí, á la puerta, D. Mamerto, para despedir á los que escapaban, con la Marcha Real.

Unos le decían adiós y otros no. Él fué notando la soledad. Sintió el terror de quedarse allí, atado al lecho, mientras poco á poco todos los bañistas iban desfilando. Ya era aquello un sálvese el que pueda.

En sus manías y aprensiones de enfermo, llegó á sentir la falta de *sociedad*, como él decía, tanto como la enfermedad misma; la fiebre le convertía el aislamiento en una desgracia. Más era. El quedarse tan solo, metido en aquel cuarto de una casa de baños, lo relacionaba él con la respiración, y cada vez que le anunciaban: «Se ha marchado también D. Fulano», se le figuraba que le faltaba aire.

Quería oír ruido, aunque le molestase.

El médico le aconsejaba silencio y obscuridad, y él buscaba estrépito y luz. Hizo que le trasladasen la cama al gabinete; y de noche, mientras duraba la tertulia de los pocos huéspedes que quedaban, en el salón, que estaba más cerca, D. Mamerto mandaba que abrieran la puerta de su habitación para oír fragmentos de las conversaciones. Se jugaba al tresillo, y lo que oía más á menudo era: «Espada, mala, basto. Estuche... Codillo...» y otras lindezas por el estilo.

Parecía mentira que hubiese en la casa personas que diesen tanta importancia al basto y aun á la espada, estando él tan malito, como sin duda se iba poniendo.

Sí, muy malo; valga la verdad. Lo sentía él, y además lo comprendía por ciertas señales: veía que el médico, Campeche, los criados, le trataban con el rencoroso cuidado que un enfermo grave inspira á los extraños que tienen que asistirle.

Aquello no era lo tratado; el Anchoriz sano, alegre como unas castañuelas, siempre sería, muy bien venido; Anchoriz meramente *indispuesto*... podía pasar, hasta tenía cierta gracia por la novedad del caso. Pero Anchoriz... en peligro de muerte, y exigiendo días y días, noches y noches atenciones sin cuento... francamente era una sorpresa dolorosa. Una broma pesada.

O por darse importancia, ó porque fuera verdad, el médico dejó correr la voz de que acaso, acaso aquello *degeneraba* en tifoidea.

La frase, con la tal degeneración, no debía de ser suya, pero el temor á la tifoidea, sí.

A los pocos días ya no sintió Anchoriz las voces del salón; en vano hacía abrir la puerta; ya no oía: mala, basto, rey, fallo... Parecía mentira, pero aquellas palabras sin sentido ya para él, *estúpidas, indiferentes, frías*, habían llegado á hacerle compañía; le hablaban de una *humanidad* que existía, aunque muy lejana, muy lejana; eran como un barco que un naufrago ve en el horizonte... una esperanza que pasaba á muchas millas de sus abogós.



Acabó el tresillo, acabó la tertulia; acababa todo; el Sr. Campeche tuvo que marcharse: ya no había huéspedes, ya se había despedido el cocinero francés *extraordinario*, la servidumbre también se había reducido muchísimo... Aquello estaría ya como en invierno..., sino fuera la inoportuna enfermedad del Sr. Anchoriz. El médico también se impacientaba. *Oficialmente* ya no tenía obligación de estar allí. Se habló de trasladar al enfermo á la capital. Imposible.

No hubo más viaje que volverlo á la alcoba, que le pareció antesala de la sepultura. En aquel *antro* apenas conocía á las pocas personas que se le acercaban. A la fiscal, sí; la conocía por el tacto, por la dulzura maternal con que le movía en el lecho, con que le arreglaba las almohadas y el embozo. Los fiscales no se habían marchado. El tenía licencia larga y ella mandaba, por las buenas, en su marido. Eran ridículos, tiesos, á la antigua española; tenían ideas muy atrasadas y muy es-

clavas del mecanismo legal en asuntos de derecho; eran rigurosos y rutinarios en materia penal, porque lo era el Código; pero, por lo visto, eran excelentes personas. Acaso él no era más que un marido dominado por su mujer; pero ella, estuviera ó no enamorada de Anchoriz, como se había susurrado, sin respetar sus años, era, por los resultados á lo menos, un alma caritativa.



Sin la fiscal, Anchoriz hubiera muerto como un perro; como un perro asistido por camareros.

No murió así. Fué de otra moda. Una noche, mientras le velaba un mozo de cocina..., durmiendo á pierna suelta y roncando, D. Mamerto se sintió muy mal. Llamó, dió gritos, no muy poderosos, y todo fué inútil.

Como si ya estuviese enterrado y despertara en la caja, empezó á dar puñetazos y patadas á la pared; no quería morir sin testigos... sin lástima. El mozo, nada, como un tronco. El pobre se había levantado á las cinco de la mañana, y había trabajado mucho.

Anchoriz, que no había necesitado soñar para tener en la vida muchas veces delante de sí encantadoras y voluptuosas apariciones, dignas del ensueño, en figura de mujeres esbeltas, lozanas, que en traje muy ligero se acercaban á deshora á su lecho de solterón, ahora veía, soñando, delirando tal vez, que de la oscuridad, que la luz de una lamparilla no hacía más que acentuar con un tinte de palidez, surgía un fantasma anguloso, flaco, la *muerte* con una coña, figura de danza macabra.

No era la muerte; era la fiscal, en camisa, con las manos colocadas como aconsejaba el pudor póstumo; horrorosa en su fealdad de media noche, pero movida por un espíritu de caridad, que no se destruía por completo, aunque la malicia tuviera razón, y viviese con el refuerzo de cierta curiosidad lasciva inútilmente, ó ridículamente romántica y amorosa. Ello era que había que contentarse con lo que había.

La humanidad no ponía á disposición de Anchoriz en aquel trance supremo más que una vieja desdentada, fea, solemne y ridícula, llena de preocupaciones, y un poco piadosa.

Tal como era, se acercó al moribundo; y como no hubo tiempo para más, para llamar médico, cura, ni siquiera criados, ella sola se las arregló como pudo; y en los últimos momentos de extraña lucidez del gran egoísta, le habló de consuelos celestiales, le abandonó con ternura una mano escuálida, á que él se cogió, apretándola, como si así pudiera agarrarse á la vida, y, como lloró él, y lloró ella, y hay *lugares comunes* cristianos que en ciertos momentos recobran una sublimidad siempre nueva, que sólo entienden los que se ven en supremos apuros, acaso acaso lo que pasó entre la vieja y el libertino, entre la honrada fiscal y el viejo verde, fué la *aventura de faldas* más interesante con que hubiera podido entretener á los *comensales* de la *mesa redonda* el solterón empedernido... si hubiera podido contarla.

FIN

Clarín.

*

LO QUE VE DE WYLER Á BOY

—Señor cura, de seguro le he venido á molestar, pero estoy en un apuro del cual, ¿usted me figura

que ha de poderme sacar.

—Habla.

—Usted ya habrá notado que tengo un adorador,

algo más; la armada más poderosa de la tierra. Pero ya el Sumo Hacedor se había cansado del pedigrifeo, y le despidió con cujas destempladas di-ciéndole:

—Anda, hijo, anda; que si me hago de miel, no vas á dejar nada para los otros países.

De ahí que, á pesar de nuestros esfuerzos en distintas épocas, no hayamos podido reunir jamás una marina formidable...

Y apropósito: se ha perdido, además, el crucero Colón.

¡El hado! ¡Siempre el hado!

Y casi al mismo tiempo nos han dado la desagradable noticia de que la compostura del *Maria Teresa* costará un millón de pesetas próximamente.

Yo que el Gobierno no me las gastaría.

¡Porque para lo que ha de durar!

¡Luego dirán que no sirve para nada el telégrafo!

Pues... ha servido esta semana para participar al mundo que el Sr. Cánovas ha pagado treinta y tres pesetas en la aduana de Irún, por unas friolerillas que ha traído de Francia.

Así como diciendo:

—¡Asombraos, insectos bajos y viles! ¡Hasta el presidente del Consejo de ministros paga lo que debe!

¡Rediez! ¿es que no era costumbre?

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Raro.—Los sonetos dedicados á ella, aunque no tengan otro defecto, siempre tendrán ése, el de la dedicatoria. *Ainda más*, el de usted está mal medido.

El metro.—El asunto no puede ser menos interesante. Y como no hay gracia ni sultura en la forma, pues... ¡miel sobre hojuelas!

Ravicamp.—No está mal, pero aquí se necesita un átomo de humorismo siquiera. Y en el soneto no aparece el átomo.

Sr. D. R. H.—Usted mismo juzga perfectamente sus cantares en el último. Se agradece el ofrecimiento, pero la *España Cómica* está hecha hace muchos años.

Capitán Pantalla.—Las dos son medianas... y tristes.

Sr. D. F. V. M.—¿Sabe usted que los dos últimos cuartetos parecen mal hechos de propósito? ¡Hasta he llegado á creer si me los mandará usted con socarrona intención, como usted dice!

Sr. D. E. M. P.—Hay que temer á los rípios, á las asonancias y á las forzaduras más que á los mambises.

Sr. D. A. B.—Veinticinco pesetas. Si acepta puede enviar la fotografía á esta redacción.

Maza.—Eso del emperador

parece de Campoamor.

¿Será ó no será copiado?

¡Ay, estoy muy escamado!

Sr. D. J. G. B.—Sobre ser gastado el sistema, el final es fuerte como él solo.

Apocalipsis.—Toma usted por consonantes una porción de palabras que no lo son aunque se lo pidan á Dios frailes capuchinos, como por ejemplo: *luengos y tengo, espigas y diga...* Pero no es eso lo peor. Lo

peor es que las declaraciones amorosas particulares no deben hacerse en letras de molde, porque... pierden aroma.

Sr. D. M. C.—De verdad le digo que esas seguidillas están muy bien hechas. El asunto adolece de falta de interés y de carencia de humorismo. Es serio completamente.

Sr. D. M. A. C.—Un poquito inocente.

Patrik.—Si no fuera por los rípios manifiestos, podría pasar el epigrama.

Bolista.—Como es larga, y se ve venir el final desde el principio, pierde todo su interés la composición.

Sr. D. R. G. C.—Se recibió y hecha.

Sr. D. R. B.—Siento con toda mi alma tener que decir otra vez que no podemos admitir artículos.

Un principiante.—El romance debe ser un poquito *novela*... No escoja usted esos asuntos, aunque el ejemplo de otras le incite. Porque esos otros pueden tener sus genialidades, que no sientan bien á los principiantes, comprende usted?

Sr. D. L. G. y J. S.—No me satisfacen del todo. La forma es *preñosa* y difícil.

Uno que ya ha hecho su debut.—Sepa usted que la anécdota del marido que no quiere entrar en el cielo porque sabe que está allí su mujer es muy vieja, y se ha contado de cien maneras diferentes.

Crito.—Hay dos aprovechables, la antepenúltima y la penúltima. Puede enviárselas de nuevo firmadas.

Sr. D. S. P.—No está mal. Pero no me parece el género propio del *MADRID CÓMICO*.

Sr. D. A. V.—No hay necesidad de hacer advertencia alguna, porque la composición á que se contestaba no tenía relación con sus trabajos. No hubo más que una coincidencia de pseudónimo, inevitable porque á cualquiera se le viene á las mientes. Tan es así que he recibido infinidad de cartas, desde hace muchos años, con esa firma, y de diferentes sujetos.

Sr. D. P. L. y M.—Me han gustado mucho, mucho, ¡mucho! No las publico para que no se chupen los dedos de gusto los lectores. Siga, siga por ese camino y... ¡dios le bendiga!

Quina.—De la guerra de Cuba no hay que hablar: es serio y lacrimoso, porque resulta triste; en broma, porque... no está el horno para bromitas.

Un cazador.—A mí también me gusta alabar á los perros fieles; así es que voy á publicar íntegra la composición. ¡Heja!

« AL CORRAL »

Tengo un perro cazador
que coge las perdices con amor
y luego muy afano
se las trae al cazador á la mano,
se sienta y me mira
y en seguida suspira
le echo un pedazo de alimento
y se queda tan contento.

Y usted también se queda contento y nosotros nos quedamos contentos, y túnti contenti.

Milonga.—Los versos cortos de la silva ¡ay de mí! no están bien medidos.

Vale.—Sí, podría la primera si no hubiera yo hecho hace mucho tiempo una exactamente igual en el fondo.

Un nuevo poeta.—¿Que se publican por ahí peores? ¡Cal!

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DISTRIBUCIÓN: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.